

EL FIN DE LA SECESION DE KATANGA

La ofensiva desencadenada, en diciembre de 1961, por las fuerzas militares de las Naciones Unidas, condujeron a la ocupación de Elisabethville y otros núcleos de importancia estratégica de Katanga. La independencia de este país africano había sufrido un rudo golpe y todo hacía presagiar que se desmoronaría inmediatamente ante el impulso de sus poderosos enemigos interesados en controlar las grandes riquezas que posee la privilegiada comarca katanguesa. La presión de los influyentes círculos financieros de Wall Street había inducido al Gobierno de Washington a conceder un apoyo ilimitado a las fuerzas militares de la O. N. U. La Unión Soviética, Ghana, Indonesia, etc., por motivos diversos, estimulaban, también, la supresión de la secesión—negando validez al principio de autodeterminación—y la destrucción del régimen que tan eficazmente funcionaba bajo la dirección de Moise Tshombe.

A finales de 1961 todo hacía presagiar, pues, que el régimen establecido en Elisabethville se hundiría inmediatamente tras la derrota militar. Katanga había sufrido severos daños. Varios miles de gendarmes habían sido muertos en los combates y las ciudades registraban grandes destrozos. Al propio tiempo, los representantes de la O. N. U. estimulaban todo cuanto pudiese representar una oposición a Tshombe y a su régimen. Esto en un país tan propenso a las turbulencias como ha demostrado ser el Congo, era una garantía de desórdenes internos que acabarían de completar la obra que habían realizado los contingentes militares.

Pero Moise Tshombe, dando pruebas de una ductilidad y de unas cualidades políticas poco frecuentes entre los estadistas africanos, se dedicó infatigablemente a una tarea de reconstrucción interna y de suavización de sus tensiones con el Gobierno de Leopoldville, que le permitieron en breve plazo restaurar los destrozos de la agresión.

La orden del secretario general de la O. N. U. (19 diciembre 1961) de cese el fuego en Katanga, constituyó la señal para que se iniciasen las conversaciones entre el jefe del Gobierno central y Tshombe. El 21 de dicho mes ambos llegaban a un acuerdo de ocho puntos sobre la reunificación del Congo. Constituía un paso hacia la normalización. Pero inmediatamente surgieron graves incidentes. En Kongolo las tropas del Gobierno central dieron muerte a más de un millar de katangueños y violaron centenares de mujeres. Estas atrocidades demostraban, una vez más, que, en realidad, las tropas de Leopoldville, además de ser un ejército indisciplinado, se sentían ocupantes de un país extraño. Porque, pese a las afirmaciones de la O. N. U., lo cierto es que el Congo resulta, como otros países africanos, una ficción geográfica creada por el colonialismo y que contradice las profundas realidades étnicas que allí existen. Por esto, más que buscar un centralismo, que sólo podrá sostenerse por la fuerza, debía haberse buscado una Confederación de Estados. La presencia de tropas de Leopoldville en territorio katangueño tiene que producir constantes desórdenes. El 7 de febrero se divulgaban nuevas atrocidades que habían cometido en Albertville.

Pero Tshombe trató de negociar amistosamente. Al negarse Adula a trasladarse a Kamina para conferenciar, marchó a Leopoldville el 15 de marzo. La primera fase de las conversaciones terminaron el 19 de abril, en que regresó Tshombe a Leopoldville. Se había podido apreciar un manifiesto deseo del jefe del Gobierno central de aplazar toda solución, consciente de que, en caso de ruptura, las fuerzas de la O. N. U. llevarían a cabo una acción definitiva sobre Katanga. Cada concesión de Tshombe era seguida, inmediatamente, de mayores exigencias de Adula. El presidente katangueño declaraba, el 17 de mayo, que Katanga «estaba dispuesta a renunciar a su soberanía en interés general del Congo». Para dar forma a su ofrecimiento, el 21 del mismo mes llegaba nuevamente a Leopoldville. El 30 de mayo se anunciaba, en un comunicado, que la Gendarmería Katanguesa sería integrada en el Ejército nacional congoleño. Las negociaciones prosiguieron bajo el signo de las tácticas dilatorias de Adula y fueron interrumpidas, el 21 de junio, cuando Tshombe acusó al Ejército central de lanzar una ofensiva militar sobre las ciudades de Kongolo y Baudouinville, situadas, ambas, en territorio de Katanga. Resultaba muy difícil proseguir las conversaciones mientras el Ejército de Leopoldville proseguía la ocupación de los puntos clave y persistía en sus desmanes contra las poblaciones. En vista de la ruptura, se trasladó a Nueva York el ministro central de Asuntos Exteriores, Bomboko, para airear en la O. N. U. las consecuencias del fra-

caso. Se buscaba por todos los medios determinar a la O. N. U. a resolver la secesión por la fuerza sin ligarse a ningún compromiso con Tshombe. La solicitud de Bomboko de «una actitud más firme con Katanga», fué bien acogida en el aeropuerto neoyorquino. El día 12 de julio, tropas de la Organización internacional establecían barreras en Elisabethville, y el 17, disparaban sobre millares de mujeres que se manifestaban contra esta nueva versión del muro berlinés. Tres de ellas resultaron muertas.

El más fuerte apoyo de Adula, Washington, presionaba mientras tanto a Londres para que se impusieran sanciones a Elisabethville para «obligarle a la reunificación». Los Estados Unidos, a lo largo de la dilatada crisis que experimenta el desgraciado país africano, han sido siempre apasionados defensores de la fuerza. En tal sentido patrocinaron toda medida que pudiese conducir al aplastamiento de Katanga, que estaba siendo empujada a la desesperación. El 11 de julio, Adula había reorganizado el Gabinete excluyendo del mismo a todos los representantes del partido Conakat de Tshombe. El 22 de agosto, U. Thant daba a conocer el plan que había elaborado para resolver las relaciones entre Leopoldville y Elisabethville. Se preveía un régimen federal, el reparto de las rentas de las minas de cobre y la unificación del Ejército. Tshombe aceptó las dos primeras condiciones, pero retrasó la aceptación de la tercera hasta tanto se demostrase la buena fe de Adula. Hasta el momento, el jefe del Gobierno no había dado a conocer su proyecto de Constitución, y esto, lógicamente, fomentaba el recelo katangués.

La aceptación de sus condiciones no disminuyó el rencor de U. Thant por Tshombe—de «puñado de payasos» calificó a los ministros de Elisabethville, en unas declaraciones efectuadas en Helsinki—, y por su gestión, el Comité asesor de cuestiones congoleñas siguió extremando sus exigencias respecto a Katanga. El 12 de noviembre, las Naciones Unidas comunicaban a Tshombe que debía poner fin a la secesión antes del día 15 o enfrentarse con posibles sanciones.

Para llevar a efecto toda acción a Katanga, era imprescindible contar con el apoyo norteamericano, que debía suministrar los fondos necesarios y gran parte del armamento. Para tal gestión se trasladó el ministro Bomboko a Washington. En su entrevista del 27 de noviembre con el secretario norteamericano de Estado, Dean Rusk, ambos estudiaron las nuevas medidas «vigorosas» que convendría aplicar. Evidentemente, en aquellas entrevistas se concertó el nuevo ataque armado a Katanga. No le fue muy difícil a Bomboko convencer a Dean Rusk, puesto que Washington tenía decidido

que la intervención militar de la O. N. U. era muy conveniente a sus intereses.

A primeros de diciembre de 1962, el ministro central de Asuntos Exteriores, Justin Bomboko, celebró en Londres conversaciones con los dirigentes rhodesianos para convencerles de que cesasen en el apoyo que prestaban a Tshombe. Sabido es que el presidente d Katanga gozaba de las simpatías de prominentes políticos negros de la Federación Central Africana, tales como Nkumbula, Kaunda, etc. Si se pretendía imponer por la fuerza el plan del secretario general de la O. N. U., era preciso que Katanga, en el momento de la agresión, se encontrase sola y sin apoyos en los países colindantes.

El 10 de diciembre, el jefe de Operaciones en el Congo, Gardiner, dirigía al presidente Tshombe una carta comunicando que las Naciones Unidas iban a aumentar sus esfuerzos «para eliminar todos los mercenarios activos en Katanga», exigiendo libertad de movimientos para las fuerzas de dicha Organización. Al día siguiente, U. Thant enviaba a Tshombe una «advertencia final» en la que indicaba que proyectaba imponer sanciones a la provincia si en un futuro próximo no ponía fin a su secesión. Entre estas medidas se consideraba el *boicot* contra la producción de cobre y cobalto, de la que dependía en gran parte la supervivencia económica de Katanga. Simultáneamente a esta advertencia, se registraban considerables movimientos de fuerzas militares de la O. N. U., cuyas bases aéreas en el Congo estaban en pie de guerra. Se descubría, así, que los actos de U Thant eran manifestaciones destinadas a guardar las apariencias, puesto que, al propio tiempo que se advertía, se ponían en marcha los dispositivos bélicos. Al día siguiente de la advertencia contenida en el mensaje, sin esperar respuesta de Elisabethville, U Thant solicitaba de los grandes consumidores de cobre y cobalto que impusieran el *boicot* de dichos metales. Actuando en estrecho contacto con Adula, el jefe del Gobierno central repetía dicha petición a los 17 países más afectados por esta medida.

Por otra parte, el jefe del Gobierno belga, Spaak, se aplicaba a la tarea de adormecer a la opinión belga. Con su característica habilidad, se limitaba a condenar platónicamente toda política de fuerza. El 12 de diciembre calificaba de «peligrosa» cualquier «posible ofensiva militar que pudiera iniciar las Naciones Unidas». Declaró que se estaba llevando a cabo un intento final de reconciliación entre Leopoldville y Elisabethville que, de fracasar, daría paso a «medidas de urgencia». En su opinión, Moise Tshombe era «un rebelde muy fuerte, pero no un estadista».

La Gran Bretaña, profunda conocedora del ambiente africano, en el que posee secular experiencia, se mostraba francamente alarmada por las perspectivas. Durante las conversaciones de Nassau, el primer ministro Mac-Millan hizo patente al presidente Kennedy esta realidad. Apoyaban la reunificación sobre base federativa, que es la que siempre se había mantenido por los líderes congoloses hasta que las ambiciones postindependentistas las había sustituido por un inadecuado centralismo, imposible de mantener de no recurrir a la fuerza. La realidad venía demostrando que Adula sólo se mantenía en el Poder mediante el apoyo de las Naciones Unidas y que había concitado la hostilidad del país. A pesar de ello, Washington no cejó en el apoyo a este estadista fracasado, en el que veía una garantía a sus futuros intereses. Katanga era el blanco de todas las hostilidades. Unos se fundaban en su posición occidentalista; otros, en su bienestar económico; otros, en su deseo de controlar las riquezas mineras, etc. Por eso el que una voz venerable, la del doctor Albert Schweitzer, Premio Nóbel de la Paz—cuyos inmensos sacrificios en pro de la humanidad doliente africana constituyen una página de gloria—, se alzase pidiendo respeto a la autonomía katanguesa y la retirada de las fuerzas militares de la O. N. U., no pudo por menos que caer en el vacío. Toda opinión razonable era desoída lamentablemente. El mayor apoyo a la intervención armada eran los Estados Unidos, con cuyo dinero se estaba sufragando el mantenimiento de los ejércitos internacionales en el Congo. El 19 de diciembre se comunicaba en Washington que el general Louis Truman, sobrino del presidente que ordenó el lanzamiento de la bomba atómica y la guerra de Corea, encabezaría una misión militar estadounidense que se trasladaría a Leopoldville. El objetivo asignado a esta misión era comprobar sobre el terreno las necesidades de material que tenían las fuerzas de la O. N. U. para que Washington pudiese suministrarlo. Se trataba de evitar que algún descuido pudiese hacer fracasar las operaciones destinadas al aplastamiento de la secesión. Pretendían evitar el gasto de 10 millones de dólares mensuales que costaba el mantenimiento de las fuerzas en el Congo, salidos en gran parte de las arcas americanas, y de paso proporcionar a Wall Street un buen pellizco en el negocio fabuloso del cobre y del cobalto, buscando que las acciones que poseían en Londres, París y Bruselas fuesen a parar, por lo menos en gran parte, a Washington. Con tan evidentes motivos, se empeñaban en convencer al mundo de que terminada la secesión katanguesa, quedarían resueltos todos los problemas del desdichado país congolés, olvidando que Katanga no es

una artificiosa creación de un político, sino que responde a unas razones étnicas que no pueden modificarse arbitrariamente.

Con su acción, los Estados Unidos han sembrado la semilla de la hostilidad entre una de las pocas poblaciones africanas afectas al Occidente. El futuro demostrará la grave torpeza cometida. Los katanguenses verán siempre en Washington el motor de su agresión. Por lo pronto, las manifestaciones desarrolladas el 20 de diciembre, ante su Consulado de Elisabethville—que fue apedreado y se trató de incendiar—, pusieron en claro que la masa popular comprendía bien la enemistad americana. Stevenson, en una de sus múltiples declaraciones desgraciadas, declaraba que «Katanga no tiene derecho a la autodeterminación». Quedaba claro que se consideraba ungido del poder de definir, irrevocablemente, todo derecho. Esta impertinencia da argumentos a quienes afirman que los Estados Unidos pretenden dominar el mundo mediante su «imperialismo económico». Poco más o menos es la conducta que reprocha a la Unión Soviética en su trato de los países satélites.

Pretender que la secesión de Katanga era el único motivo del caos congolés, resulta absurdo. Se conocen bien los dispendiosos gastos a que se ha entregado la Administración de Leopoldville derrochando millones en lujos suntuarios. Por otra parte, su incapacidad no resiste el menor examen. Así, las exportaciones de algodón congolés disminuyeron el 80 por 100 después de la independencia; el arroz, que antes era exportado en apreciable tonelaje, tiene que ser importado ahora a razón de 3.000 toneladas anuales. La provincia de Kasai, que vendía 40.000 toneladas de maíz del Congo, se ha visto en la necesidad de importar maíz americano. Lo mismo sucede con los restantes productos agrícolas, como el cacao o el café. Este desorden, ¿podría alguien, objetivamente, achacarlo a la secesión de Katanga? ¿No será más bien un claro indicio de que no existen estadistas de talla para gobernar el país? Por eso es irritante que la única región congoleña donde persistió el orden y la buena administración fuese señalada como el enemigo que había que destruir para nivelar el país en la miseria.

El 21 de diciembre, los diputados de la oposición en el Parlamento central congoleño pidieron al Gobierno central que protestase ante el secretario general de la O. N. U. contra el envío de una Misión militar americana al Congo. En una carta enviada al presidente de la Cámara se calificaba la determinación de Washington como «amenaza a la soberanía congoleña» y de intentar crear, «con la complicidad de las Naciones Unidas», una base militar norteamericana en el Congo. Dos horas más tarde de ser presentada

Esta moción, llegaba el general Truman y demás miembros de la Misión a Leopoldville. Simultáneamente, la Asamblea General de la O. N. U. aprobaba—por 75 votos contra 12 y 13 abstenciones—la continuación de operaciones en el Congo a cargo del secretario general, U Thant.

Consecuente a esta autorización, el 25 de diciembre se entablaba un nutrido tiroteo en Elisabethville entre fuerzas de la O. N. U. y gendarmes katangueses. Un helicóptero era derribado. Robert Gardiner, a su regreso de Nueva York, declaraba que «la secesión katanguesa terminará dentro de poco».

El día 28 de diciembre se iniciaba la ofensiva general para someter Katanga. El comandante jefe de las fuerzas militares al servicio de las Naciones Unidas en Katanga daba al presidente Tshombe un plazo de treinta minutos para retirar sus tropas, y en caso contrario y negativo, «comenzará la guerra general». El plazo era harto breve, pero se trataba de hacerlo así para que resultara imposible que Tshombe pudiera acceder a la petición. Las fuerzas de la O. N. U., bien preparadas, con abundante material y con un plan trazado minuciosamente, capturaron rápidamente el Cuartel General de la Gendarmería, los controles de carreteras, etc. Hay que considerar que, sólo en Elisabethville, la O. N. U. disponía de 12.000 soldados y nutridas guarniciones en otros puntos clave. Se ocupaba el palacio presidencial, los reactores de la O. N. U., proporcionados por los Estados Unidos; atacaban Kolwezi; se incautaba el Banco Nacional de Katanga; se ocupaba la radio, etc.

Gran Bretaña pedía el inmediato cese de las hostilidades, pero, como durante la ofensiva del año anterior, sus prudentes llamamientos eran desoídos.

También Francia se había desolidarizado, con evidente visión política, de esta agresión sin precedentes. Mientras tanto, Spaak se limitaba a decir que «nada se puede hacer políticamente». No obstante, sus compatriotas demostraban ante la Embajada de los Estados Unidos que la incalificable acción les resultaba odiosa.

El 31 de diciembre se anunciaba la ocupación de Kamida y Kipushi, en la frontera de Rhodesia. En la sede de las Naciones Unidas, U Thant anunciaba que había terminado con éxito el ataque a Katanga. No obstante, llevados de su ímpetu bélico, y al parecer en contradicción con las órdenes recibidas de la O. N. U., las fuerzas militares avanzaron hasta Jadotville y se apoderaron de la población.

Mientras tanto, el presidente Moise Tshombe se mostraba dispuesto a

negociar con las Naciones Unidas. En contra de este parecer razonable, U Thant manifestaba terminantemente, el 2 de enero de 1963, que «era demasiado tarde para negociaciones» y que rechazaba el alto el fuego que ofrecía el presidente katangués.

El *Sunday Telegraph* podía escribir que «la Gran Bretaña debió haber hecho todo lo posible para impedir esta cínica y peligrosa manifestación de poder sin responsabilidades. Los propios Estados Unidos pudieron prever que abrieron una caja de Pandora excesivamente grande». El *Daily Excelsior* decía: «La lección de Katanga es clara: la O. N. U. sin poder es una farsa; la O. N. U. con poder es una amenaza»; el *Daily Telegraph* corroboraba que «a pesar de todos los alegatos de las Naciones Unidas, es innegablemente una verdad que sus operaciones militares han sido fría y sistemáticamente planeadas». La prensa francesa y la belga de responsabilidad se sumaban con energía a esta condenación de una actitud que es de todo punto injustificable en una organización mundial destinada a fomentar la paz y la concordia internacionales y que abusa de la aprobación de una mayoría irresponsable para sembrar el caos y la destrucción. «La sórdida guerra de cobre» la denominaba, con indudable acierto, J. L. Gómez Tello en el diario *Arriba* (3 de enero), poniendo de manifiesto los oscuros intereses y los inconfesables móviles de esta acción inaudita.

Las fuerzas de las Naciones Unidas se encaminaban a Kolwezi, donde se hallaba concentrada la Gendarmería katangués.

Un comunicado publicado el 7 de enero por el jefe del Gobierno central, Adula, anunciaba las medidas que se adoptarían para reintegrar Katanga en la República: se solicitaría que una misión administrativa fuese a Elisabethville para hacerse cargo de la administración katangués; la gendarmería katangués que se hubiese unido a las fuerzas centrales sería respetada en sus puestos y categorías; la legislación congoleña acerca del intercambio de divisas y comercio exterior sería aplicada en adelante en Katanga; el Gobierno central solicitaba de la O. N. U. un director que se hiciera cargo del Banco de Katanga; se retiraría la moneda katangués de la circulación y sería sustituida por la moneda del Congo, y, finalmente, Leopoldville pedía al Fondo Monetario Internacional un equipo de técnicos para que llevasen a cabo todas las operaciones dinerarias.

El 8 de enero, Tshombe regresaba a Elisabethville para disponer la transferencia de poderes. Fué detenido, aunque se le puso rápidamente en libertad. Demostrando su buena disposición, apeló a las fuerzas katangués para que no hiciesen resistencia a las tropas de la O. N. U.

El ex jefe del Gobierno, Ileo, era designado como ministro residente en Elisabethville. El 19 de enero, Tshombe marchaba a Kolwezi para esperar a las fuerzas de las Naciones Unidas y asegurar que pudiesen entrar pacíficamente en la ciudad. El 21 de enero, con la entrada de las fuerzas internacionales en dicha ciudad, donde se hallaron intactas las instalaciones mineras, terminaba la acción que había puesto fin a la secesión de Katanga.

Si los cálculos de la O. N. U. fueran exactos, la República del Congo podría ahora, por vez primera desde su independencia, entrar en una era de sosiego y progreso. Contando con recursos tan cuantiosos como los que se derivan de los minerales katangueños, a un Gobierno responsable y eficaz no le sería difícil restaurar el orden y elevar la producción al nivel que ofrecía cuanto estaba administrada por Bruselas. Pero el panorama del país, examinado con ojos objetivos, no permite grandes optimismos. Aun contando con una ayuda técnica internacional, el país no está preparado para afrontar tales tareas y no dispone de los cuadros de dirigentes aptos para acometerla. Los odios raciales y los antagonismos entre los dirigentes políticos subsisten y no será fácil eliminarlos. La agricultura está abandonada y terrenos antaño fértiles han sido invadidos por el bosque, la maquinaria se ha destruído. Se han perdido los hábitos de trabajo en amplias masas de la población, y las gentes, defraudadas en su quimérico sueño de una vida fácil, son terreno abonado para la propaganda extremista. Decía Rivarol que el único medio de evitar una revolución es hacerla. Pero las causas profundas del desorden no han sido eliminadas y el caos del país, susceptible de seguir provocando complicaciones internacionales, puede prolongarse largo tiempo.

C. DE BENIPARRELL.

CRONOLOGIA